

LIBRO DÉCIMOSEXTO

LA PARTIDA Y LA AUSENCIA

CAPITULO I

Luego que supieron la llegada de Corina á Venecia, todos tuvieron suma curiosidad de verla. Cuando iba á un café de la plaza de San Márcos, se atropellaba la gente debajo de las galerías de la plaza para divisarla un instante, y todos la buscaban con el mayor afán. En otro tiempo gustaba de producir aquel efecto brillante donde quiera que se mostraba, confesando ingenuamente que la admiración tenía para ella mucho atractivo. El genio inspira necesidad de gloria, y no hay ningún bien que no deseen aquellos á quien la naturaleza dió medios de conseguirle : no obstante, en su actual situación,

tenía Corina todo lo que al parecer se oponía á los hábitos de la vida doméstica, tan apreciados de lord Nelvil.

Erraba Corina, para ser feliz, en apasionarse de un hombre que debía contradecir su existencia natural ; y reprimir mas que fomentar su talento ; pero no es difícil entender cómo una mujer que se dedicó mucho á las letras, y á las bellas artes, puede amar en un hombre prendas y aun inclinaciones diferentes de las suyas. Se cansa uno tantas veces de sí mismo, que no puede seducirnos lo que se nos parece ; es menester armonía en los sentimientos y oposición en los caracteres, para que nazca el amor juntamente de la simpatía y de la variedad. Lord Nelvil poseía este doble atractivo en supremo grado : uníase en el trato con todos por la dulzura y la facilidad de su conversacion ; pero lo irritable y receloso de su alma no permitía cansarse jamás de la gracia y complacencia de sus modales. Aunque la profundidad y la extension de sus ideas le proporcionaban para todo, sus opiniones políticas y sus inclinaciones militares le inspiraban mas propensión á la carrera de las acciones que á la de las letras ; pensaba que las acciones son siempre mas poéticas que la misma poesía. Mostrábase superior á los triunfos de su talento, y en esta parte hablaba de sí con mucha indiferencia : y Corina, por agradarle, procuraba hacer lo mismo, comenzando á menospreciar sus propios triunfos, para semejar mas á las

mujeres modestas y retiradas, cuyo modelo ofrecia la patria de Osvaldo.

No obstante, los obsequios que Corina recibió en Venecia causaron á lord Nelvil una sensacion agradable; porque era tan cariñosa la acogida de los Venecianos, expresaban con tanta gracia y tanta viveza el placer que les daba hablar con Corina, que Osvaldo se gloriaba de verse amado de una mujer tan atractiva y tan generalmente admirada. Ya no tenia celos de la gloria de Corina, seguro de que le preferia á todo, y su amor se aumentaba, al parecer, con lo que oia decir de ella; olvidábase hasta de Inglaterra; pegábasele algo de la indiferencia de los Italianos á lo venidero; y Corina advertia su mudanza, y su imprudente corazon se regocijaba como si pudiese durar.

El italiano es la única lengua de Europa, cuyos diferentes dialectos tienen una índole particular: pueden escribirse libros, y componerse versos en cada uno de ellos, mas ó ménos distantes del italiano clásico; pero entre los diversos idiomas de Italia, solo el napolitano, el siciliano y el veneciano tienen el honor de contarse, y el veneciano pasa por el mas original y mas gracioso de todos. Pronunciábale Corina con una dulzura encantadora, y el modo con que cantaba algunas *barcarolas*, de estilo alegre, probaba que debia representar la comedia igualmente bien que la tragedia. Mortificáronla infinito para que tomase papel en una ópera cómica que

iban á hacer entre amigos la siguiente semana. Corina no habia querido desde que conocia á Osvaldo mostrarle su habilidad en este género; jamas se habia sentido con el ánimo bastante libre para semejante entretenimiento; y aun llegó á pensar que tanto entregarse á la alegría pudiera traer desgracias; pero esta vez, por un exceso de confianza, consintió en lo que le pedian. Osvaldo se lo rogó con empeño, y convinieron en que representaria *la hija del aire*: así se llamaba la pieza escogida.

Esta pieza, como la mayor parte de las de Gozzi, se componia de hechicerías extravagantes, originalísimas y muy divertidas. Trufaldino y Pantalón salen muchas veces en estos dramas burlescos, al lado de los reyes mas poderosos del orbe: lo maravilloso contribuye á las burlas; pero lo cómico se ennoblece con aquellas mismas maravillas, que nunca pueden tener cosa alguna vulgar ni baja. *La hija del aire, ó Semíramis en su juventud*, es la mujer ansiosa de obsequios, dotada por el cielo y por el infierno para subyugar al universo: crióse en una cueva como una salvaje, y hábil como una encantadora, y dominadora como una reina, reúne la gracia premeditada con la viveza natural, el valor guerrero con la frivolidad de una mujer, y la ambicion con el aturdimiento. Este papel requiere un estro de imaginacion y de jovialidad, que solamente puede dar la inspiracion del momento; y todos se juntaron para suplicar á Corina se encargase de él.

CAPITULO II

Hállase á veces en el destino un juego extraño y cruel, como si fuese un poder que quiere inspirar temor, y se niega á la familiaridad confiada: quizá cuando nos entregamos mas á la esperanza, y en especial cuando parece que burlamos con la suerte, y contamos con la felicidad, pasa en el tejido de nuestra historia algo temible, y vienen las fatales hermanas á mezclar su negro hilo, y á enredar la obra de nuestras manos.

Era el 17 de noviembre cuando Corina despertó llena de gozo por representar á la noche la comedia. Escogió, para presentarse de salvaje en el primer acto, un vestido muy pintoresco: sus cabellos que debian vagar esparcidos, estaban compuestos, no obstante, con un esmero que manifestaba vivo afan de agradar, y su noble figura un carácter de artificio y malicia sumamente gracioso. Llegó al palacio donde habia de representarse la comedia; ya se hallaban todo reunidos; solo faltaba Osvaldo. Corino dilató cuanto pudo la representacion, y empezaba á sobresaltarse de su ausencia: por fin, al tiempo que salia al teatro, le divisó en un rincón oscurísimo de la sala; pero le divisó; y el mismo

pesar que le causó la expectativa, redobló su contento, y se halló inspirada por el recocijo, como en el Capitolio por el entusiasmo.

Mezclábanse las palabras y el canto, y estaba la pieza compuesta del modo que era permitido improvisar el diálogo; lo cual daba gran ventaja á Corina, y animaba la escena mas. Cuando cantaba, hacia conocer el espíritu de las arias bufas italianas con particular elegancia; y sus ademanes, acompañados de la música, eran juntamente nobles y cómicos; excitaba risa sin dejar de ser majestuosa, y su papel y su habilidad dominaban á los actores y á los espectadores, burlándose graciosamente de unos y de otros.

¡Ah! ¡quién no se hubiera compadecido de aquel espectáculo, si pensara que aquella felicidad tan confiada iba á llamar el rayo, y aquella alegría tan triunfante haria presto lugar á los mas acerbos dolores!

Los aplausos de los espectadores eran tan continuos y tan sinceros que se comunicaba su placer á Corina: sentia aquella especie de conmocion que causa el recreo cuando da un sentimiento vivo de la existencia, é inspirando el olvido del destino, suelta el ánimo un instante de todo lazo, y le despeja de toda nube. Osvaldo habia visto á Corina representar el dolor mas profundo en un tiempo en que se lisonjeaba de hacerla venturosa; y ahora la veia expresar purísimo contento, en el punto en que

acababa de recibir una nueva harto fatal para los dos. Mil veces pensó apartar á Corina de aquella alegría temeraria; mas gozaba de un triste placer viendo todavía en aquel amable semblante la hermosa expresion de la felicidad.

Al fin de la pieza se presentó Corina vestida elegantemente de reina amazona; mandaba á los hombres, y ya casi á los elementos, con aquella seguridad de sus gracias que puede tener una mujer hermosa, si no es sensible: porque basta amar para que no pueda tranquilizarnos enteramente ningun don de la suerte ó de la naturaleza. Pero aquella artificiosa coronada, aquella soberana hechicera que representaba Corina, mezclaba portentosamente el enojo con la burla, el desden con el ansia de agradar, la gracia con el imperio absoluto: reinaba al parecer, tanto sobre el destino como en los corazones; y al subir al trono sonrió á sus vasallos imponiéndoles sumision con una amable arrogancia. Todos los espectadores se levantaron para aplaudir á Corina como á la reina verdadera. Tal vez aquel momento era en el que mas distaba el dolor de su corazon; pero de improviso vió á Osvaldo, que no pudiendo ya contenerse, se cubria el rostro con las manos para ocultar su llanto: turbóse al instante, y aun no habia caido el telon, cuando bajando de aquel trono, funesto ya, entró presurosa en el aposento inmediato.

Siguióla Osvaldo, y cuando advirtió de cerca su

palidez, la sobrecogió tal espanto que hubo de apoyarse contra la pared para sostenerse, y díjole trémula: — ¡Osvaldo! ¡Dios mio! ¡qué teneis! — Es fuerza que parta esta noche para Inglaterra, le respondió sin saber lo que hacia, porque no debía exponer á su desgraciada amiga, noticiándole de aquella suerte tan funesta nueva. Adelantóse ella hácia él, enteramente fuera de sí, y exclamó: — No; ¡no es posible que me causeis ese dolor! ¡Qué hice para merecerlo? ¡Me llevareis en vuestra compañía? — Apartémonos de esta cruel muchedumbre, respondió Osvaldo: ven conmigo, Corina. — Siguióle sin entender ya lo que le decian, respondiendo desalentada, vacilante, y tan descompuesto el rostro, que todos pensaron se hallaba acometida de algun repentino accidente.

CAPITULO III

Luego que se hallaron juntos en la góndola, dijo Corina en su enajenamiento á lord Nelvil: — ¡Ay! lo que acabais de noticiarme es mil veces mas cruel que la muerte: sed generoso; arrojadme á esas ondas, y pierda en ellas esta pasion que me despedaza. Osvaldo, hacedlo con valor; no es menester tanto

como acabais de manifestar. — Si decís una palabra mas, respondió Osvaldo, voy á precipitarme á vuestra vista en el canal. Escuchadme; esperad que lleguemos á vuestra casa; entónces decidireis de mi suerte y la vuestra. En nombre del cielo, sosegaos. — Era tan doloroso el acento de Osvaldo, que calló Corina, y solamente temblaba con tanta violencia que apénas pudo subir las escaleras de su aposento. Al entrar en él se arrancó todos sus adornos como espantada; y lord Nelvil, viendo en aquel estado á la que hacia algunos momentos se hallaba tan brillante, se arrojó deshecho en lágrimas en una silla, y exclamó: — ¿Soy un bárbaro? santo cielo ¡Corina! ¡Corina! ¿me juzgas digno de este nombre? — No; dijo ella, no puedo creerlo. ¿No teneis todavía ese mirar que me hacia cada dia feliz? Osvaldo, vos cuya presencia era para mí como un rayo del cielo, ¿es posible que me esteis dando temor, y que no me atreva á alzar los ojos para miraros, en fin, que esté aquí delante de vos como delante de un asesino? ¡Osvaldo! ¡Osvaldo! — Y acabando estas palabras se arrojó suplicante á sus piés.

— ¿Qué miro? exclamó él levantándola con furor. ¿quieres que me deshonne? Lo haré. Mi regimiento se embarca dentro de un mes; acabo de saberlo: me quedaré, atiende, me quedaré si me muestras ese dolor, ese dolor omnipotente en mí; pero no sobreviviré á mi afrenta. — No pido os quedeis, repuso Corina, ¿pero qué mal os hago en seguros?—

Mi regimiento va á partir para las islas, y no se permite á ningun oficial llevar consigo á su mujer. — Dejadme, á lo ménos, acompañaros hasta Inglaterra. — Las mismas cartas que acabo de recibir, dicen que ya se sabe nuestro amor allí; han hablado de él los papeles públicos, y han empezado á sospechar quién sois, de suerte que vuestra familia, á instancia de lady Edgermond, ha declarado no os reconoceria ahora ni nunca. Dadme tiempo para convencer, para precisar á vuestra madre á hacer lo que debe; ved que si llego en vuestra compañía, y me obligan á separarme de vos, ántes de restituiros vuestro nombre, os entrego á todo el rigor de la opinion, sin hallarme allí para defenderos. — ¡Me lo negais todo! dijo Corina; y acabando estas palabras cayó sin sentido, y dando su cabeza con violencia en el suelo, empezó á derramar sangre. Osvaldo, al mirarlo, lanzó dolorosísimos gritos; entró Teresina sumamente azorada, y volvió á su señora el conocimiento. Cuando abrió los ojos Corina, advirtió en un espejo su semblante pálido y desmayado, y sus cabellos descompuestos y bañados en sangre. — Osvaldo, dijo entónces, Osvaldo, no estaba yo así el dia que me encontrásteis en el Capitolio; llevaba en las sienes la corona de la gloria y de la esperanza, y ahora está manchada de sangre y de polvo; mas no os es lícito despreciarme por este estado en que vos me habeis puesto. Pueden hacerlo los demas; pero vos no, no podeis: es fuerza

os dé lástima el amor que me inspirásteis, es fuerza.

— ¡Ten! exclamó lord Nelvil, no puedo resistir mas. — Y haciendo seña á Teresina para que se saliese, ciñó á Corina con sus brazos, y le dijo : — Estoy determinado á quedarme; harás lo que quieras de mí : sufriré lo que me destine el cielo, mas no te abandonaré en esta desventura, ni te llevaré á Inglaterra hasta haber asegurado tu suerte, para no dejarte expuesta á los crueles insultos de una mujer altanera. Quédome, sí, quédome, porque no puedo separarme de tí. — Estas palabras hicieron volver en su acuerdo á Corina, poniéndola en un abatimiento mas penoso todavía que la desesperacion pasada. Sintió sobre sí el peso de la necesidad; inclinó la cabeza, y permaneció largo rato en profundo silencio. — Habla, dulce amiga, le dijo Osvaldo, hazme oír el sonido de tu voz; ya no tengo mas que ella para sostenerme, y quiero me sirva de guía. — No, respondió Corina, no, partireis, es forzoso; y manifestó su resignacion con un raudal de llanto. — Amiga mia, exclamó lord Nelvil, tomo por testigo á este retrato de mi padre, que tienes aquí delante de tus ojos; y ya sabes si es sagrado para mí el nombre de un padre; tómole por testigo de que mi vida está en poder tuyo, miéntras fuera necesaria para tu dicha. Cuando vuelva de las islas, veré si puedo restituirte tu patria, y hacerte recobrar la clase y la existencia debidas; pero si no lo consigo, tornaré á Italia á vivir y morir á tus piés. — ¡Ay! replicó

Corina, ¿ y esos peligros de la guerra, que vais á arrostrar?... — No los temo, repuso Osvaldo, y saldré libre de ellos; mas si perezco yo, el hombre mas desconocido, quedaria mi memoria en tu cozon; quizá jamas oirias pronunciar mi nombre, sin sentirte los ojos llenos de lágrimas; ¿ no es verdad, Corina? dirias : *Conocíle, y me amó.* — ¡ Ah! déjame, déjame, exclamó ella, mi aparente serenidad te engaña; mañana, cuando vuelva el sol, y diga yo : *¡ No le veré mas, no le veré mas!* ¡ tal vez moriré, y fuera ventura! — ¿ Por qué, Corina, por qué? exclamó lord Nelvil. ¿ Temes no verme mas? ¿ no es para tí nada esta promesa solemne de reunirnos par siempre? ¿ duda de ella tu corazon? — No, respétoos mucho para no creeros, dijo Corina; y mas me costaria renunciar á mi admiracion y á mi amor. Os considero como un ser angelical, como el carácter mas puro y mas noble que se ha mostrado en la tierra; no me cautiva solo vuestra presencia, sino la idea de que jamas se reunieron en un mismo objeto tantas virtudes, y que vuestro celestial mirar os fué dado para expresarlas todas : no dudo, pues, de vuestras promesas. Huiria del aspecto de la figura humana; me inspiraria terror, y no mas, si lord Nelvil pudiera engañar: ¡ pero la separacion nos expone á tantos acasos, y esa terrible palabra, *adios!* — Jamas, interrumpió él, jamas Osvaldo podrá decirte el adios postrero sino en su lecho de muerte. — Y era su conmocion tan profunda al pronunciar es

as palabras, que empezando Corina á temer alterase su salud, procuró reprimirse, siendo mas digna de compasion.

Comenzaron, pues, á hablar de aquella partida cruel, de los medios de escribirse, y de la certeza de volverse á reunir. Un año fué el plazo señalado para su ausencia; porque Osvaldo se creia seguro de que no debia durar mas; por fin, quedábanles aun algunas horas, y Corina esperaba tener esfuerzo. Mas cuando Osvaldo le hizo saber que la góndola vendria á buscarle á las tres de la mañana, y vió su péndulo poco distante de aquel momento, estremeciéronse todos su miembros, y ciertamente no le causara mayor espanto verse próxima al cadalso. Tambien Osvaldo iba, al parecer, perdiendo su resolucion de instante en instante, y Corina que siempre le habja visto dueño de sí, sentia desgarrarse su corazon mirándole padecer tanto. ¡ Pobre Corina! ¡ le consolaba, y debia ser mil veces mas desgraciada que él!

— Escuchadme, lord Nelvil, le dijo : cuando esteis en Lóndres, os dirán los hombres ligeros de aquella ciudad, que las promesas amorosas no comprometen el honor; que todos los Ingleses del mundo han amado, en sus viajes, Italianas, y las han olvidado á la vuelta; que algunos meses de felicidad no imponen obligacion á quien la da, ni á quien la recibe, y que la vida entera no puede en vuestra edad depender del atractivo que hallásteis algun tiempo en

el amor de una extranjera. Tendrán en apariencia razon, razon segun el mundo; pero vos que habeis conocido este corazon, y reinais en él, vos que sabeis cómo os ama, ¿ hallareis sofismas para disculpar una herida mortal? ¿ las burlas frívolas y bárbaras de los hombres del dia impedirán que vuestra mano tiemble al clavar un puñal en mi pecho? — ¡ Ah! ¿ qué dices? exclamó lord Nelvil; no me detiene solo tu dolor, sino el mio. ¿ Dónde encontraré ventura semejante á la que disfruté á tu lado? ¿ Quién me entenderia en el universo, como tú me has entendido? El amor, Corina, el amor, tú sola le siéntes, y tú sola le inspiras; ¿ con cuál otra mujer puede existir esta armonía del alma, esta inteligencia íntima del entendimiento y del corazon? Corina, lo sabes; tu amigo no es un hombre voluble; no por cierto, Para él todo es serio en la vida; ¿ y para ti sola desmentiria su natural?

— No, no, respondió Corina, no tratareis con desprecio á un alma sincera : y no sereis vos, Osvaldo, no sereis vos, á quien encuentre insensible mi desesperacion; pero inmediato á vos me está amenazando un terrible enemigo, la despótica severidad, la medianía despreciadora de mi madrastra : os dirá cuanto pueda para mancillar mi vida pasada; mas no querais os repita de antemano sus crueles conversaciones. En vez que el talento sea disculpa á sus ojos, será, estoy cierta, la mayor culpa mia : no comprende sus encantos, solo ve sus riesgos, y halla

inútil, y acaso reprehensible, cuanto no concuerda con el destino que ella se ha señalado; toda la poesía de la ternura le parece un capricho importuno, que usurpa el derecho de menospreciar su razon. En nombre de las virtudes que yo respeto tanto como vos, condenará mi carácter y mi suerte; Osvaldo, os dirá que soy indigna de vos. — ¿Y cómo podré oirla? interrumpió Osvaldo; ¿qué virtudes osaría ensalzar mas que tu generosidad, tu franqueza, tu bondad, tu cariño? ¡Criatura celestial! júzguense por la regla comun las mujeres comunes! mas afrenta al hombre, á quien tú hubieras amado, y no te respetase á la par que te adora! Ninguna cosa en el universo iguala tu entendimiento ni tu corazon: en el divino manantial de donde vienen tus sentimientos, todo es amor y verdad. Corina, Corina: ¡Ah! no puedo dejarte: desfallece mi esfuerzo; si no me sostienes, no partiré; ¿y tú has de darme valor para afligirte? — Pues bien, dijo Corina, pasemos algunos instantes primero que recomiende mi alma á Dios, para que me dé aliento de oír tocar la hora señalada para tu ausencia. Nos hemos amado, Osvaldo, con tiernísimo cariño; te he confiado los secretos de mi vida; los hechos no son nada; pero los sentimientos mas íntimos de mi ser, tú los sabes todos: no tengo una idea que no esté unida contigo; si escribo algunas líneas en que se derrame mi alma, tú solo me inspiras; á ti es á quien dirijo todos mis pensamientos, así como mi último suspiro será para

ti. ¿Dónde, pues, seria mi asilo si me abandonases? Las bellas artes me recuerdan tu imágen; la música es tu voz; tu mirar, el cielo. Todo ese genio, que otro tiempo inflamaba mi mente, no es ya mas que amor. Entusiasmo, reflexiones, inteligencia, nada tengo que no sea comun contigo.

¡Dios poderoso que me oís! dijo levantando los ojos al cielo. ¡Dios, que no sois desapiadado con las penas del corazon, mas nobles que todas! quitadme la vida cuando cese de amarme, quitadme el resto lastimoso de existencia, que solo me serviria para padecer. Lleva consigo cuanto hay mas tierno y mas generoso en mi pecho; si deja extinguir ese fuego depositado dentro de su seno, apáguese tambien mi vida, donde quiera que me encontrare. ¡Dios santo! no me habeis criado para sobrevivir á todos los sentimientos nobles; y ¿qué me restaria cuando cesase de estimarle? porque tambien él debe amarme, si, debe. Siento dentro de mi corazon un cariño que manda el suyo. ¡Oh, Dios mio! volvió á exclamar, la muerte ó su amor. — Acabando esta plegaria, se inclinó hácia Osvaldo, y hallóle postrado á sus piés, acometido de convulsiones horrorosas; el exceso de su ternura habia vencido sus fuerzas; despreciaba los auxilios de Corina, queria morir, y su cabeza estaba al parecer absolutamente trastornada. Corina apretó dulcemente sus manos con las suyas, repitiéndole cuanto él mismo le habia dicho ántes: afirmóle que le creia, y fiaba en su vuelta, y se sentia

mucho mas serena : estas suaves palabras aliviaron algo á lord Nelvil; pero sentia acercarse la hora de su separacion, y cada vez le parecia mas imposible determinarse á la partida.

— ¿Por qué, dijo á Corina, por qué no iríamos al templo ántes de ausentarnos á pronunciar el juramento de una eterna union? — Estremeciése Corina al escuchar estas palabras, miró á lord Nelvil, y agitó su corazon el mayor sobresalto, acordóse que Osvaldo, al contarle su historia, le habia dicho que el dolor de una mujer era omnipotente en su alma, añadiendo que su pasion se entibiaba con los propios sacrificios que aquel dolor obtenia de él. A esta idea se despertaron toda la firmeza y toda la altivez de Corina, y despues de algunos instantes de silencio, respondió : — Es preciso hayais visto otra vez, ántes de decidiros á ser mi esposo, vuestros amigos y vuestra patria. Deberialo en este instante, milord, á la conmocion de la partida, y no lo quiero así. — No insistió mas Osvaldo; á lo menos, dijo asiendo la mano de Corina, lo juro de nuevo, mi fe va unida con ese anillo que os he dado; miétras le conserves, jamas tendrá otra derechos en mi suerte; si una vez le despreciais, si me le volveis... — Cesad, cesad, interrumpió Corina, de manifestar un cuidado que no podeis sentir. ¡Ah! no seré yo quien rompa primero la union sagrada de nuestros corazones, sabéislo; no seré yo, y casi me sonrojaria de afirmar lo que es harto seguro.

Entre tanto se llegaba la hora : Corina perdía el color á cada ruido, y lord Nelvil permanecié sumido en hondo dolor, sin tener aliento para pronunciar siquiera una voz. Al fin, pareció á lo léjos por entre la ventana el fatal resplandor, y muy luego se paró delante de la puerta la negra barca. Vióla Corina, y retrocedió con espanto, y cayó en los brazos de Osvaldo, exclamando : — ¡Ahí están! ¡ahí están! adios, partid, acabó ya todo. — ¡Dios mio! dijo lord Nelvil, ¡oh padre! ¡me lomandais! y apretándola contra su corazon, la bañó con sus lágrimas. — Partid, le gritó ella, partid, es forzoso. — Llamad á Teresina, respondió Osvaldo, no puedo dejaros sola en esta situacion. — ¡Sola, ay! dijo Corina, ¡y no lo estaré hasta que volvais! — No puedo salir de este aposento, exclamó lord Nelvil, no puedo. — Y al pronunciar estas palabras, era tanta su desesperacion, que sus miradas y sus deseos invocaban la muerte. — Pues bien, dijo Corina, yo daré esa señal; yo misma abriré esa puerta; pero concededme algunos instantes. — ¡Ay! sí, permanezcamos juntos, permanezcamos todavía; esa cruel guerra vale mas que ausentarme de ti.

Oyéronse entónces debajo de las ventanas de Corina los barqueros que llamaban á los criados de lord Nelvil; respondieron, y uno de ellos llegó á llamar á la puerta de Corina, anunciando que *todo estaba dispuesto*. — Sí, todo está dispuesto, respondió Corina, y apartándose de Osvaldo, púsose á

orar con la cabeza apoyada contra el retrato de su padre. Sin duda se le recordaba toda su vida en aquel momento; su conciencia exageró todas sus faltas, temió no merecer la misericordia divina, á pesar de sentirse tan desventurada, que debia creer en la piedad del cielo. Por fin, levantándose alargó la mano á lord Nelvil, y le dijo — :Partid, yo lo quiero ahora, y quizá dentro de un instante ya no podré; partid, y bendiga Dios vuestros pasos, y déme á mí tambien favor; bien lo necesito. Osvaldo se precipitó otra vez en sus brazos, y apretándola contra su corazon con una pasion inexplicable, y trémulo y pálido, como un hombre que camina al suplicio, se salió de aquel aposento, donde acaso habia amado la postrera vez, y se habia sentido amar de un modo que jamas repitió el destino.

Cuando Corina perdió de vista á Osvaldo, la sobrecogió una terrible palpitation que no le permitia respirar, turbáronse sus ojos de tal manera que los objetos perdian ante ellos toda realidad, y andaban como vagantes, ora cerca, ora léjos de su vista; parecíale que el aposento donde estaba se movia á uno y otro lado, como en un terremoto, y se apoyaba para resistir á aquel movimiento. Por espacio de un cuarto de hora, oyó todavía el ruido que hacian los criados de Osvaldo, acabando los preparativos de su partida: aun estaba él allí en la góndola; aun podia volverle á ver; pero temíase á sí misma, y él, por su parte, se hallaba tendido en

aquella góndola, casi sin sentido. Al fin partió, y en aquel punto se abalanzó Corina fuera de su aposento para llamarle; mas Teresina la detuvo. Entónces empezaba una terrible lluvia; resonaba el viento mas impetuoso, y la casa donde vivia Corina estaba conmovida casi como una nave en medio del mar. Sentíase sobresaltada por Osvaldo, que iba atravesando las lagunas con aquel horroroso tiempo, y bajó á la orilla del canal con intencion de embarcarse, y seguirle á lo ménos hasta la tierra firme; pero era tan oscura la noche, que no habia siquiera una barca. Corina caminaba con cruel agitación por las estrechas losas que separan el canal de las casas: aumentaba sin cesar la borrasca, y á cada momento se acrecentaba su temor por Osvaldo: llamaba barqueros á la ventura, y ellos pensaban que sus gritos eran clamores de los infelices que se anegaban durante la tormenta, y sin embargo nadie se atrevia á acercarse, tanto espanto daban las ondas embravecidas del gran canal.

En esta situacion esperó Corina la luz del dia: el tiempo se fué sosegando, y el gondolero que habia llevado á Osvaldo le trajo de su parte la nueva de haber pasado las lagunas con felicidad. Todavía este momento era semejante casi á la dicha, y hasta algunas horas despues no sintió la desgraciada Corina de nuevo la ausencia; y las largas horas, y los tristes dias, y la inquieta y roedora pena que debia ya ocupar solamente su pecho.